EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LAS RANAS

PIDIENDO REY.

FÁBULA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.º

1881.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.º DE MARZO DE 1881.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Prop. q correspon
Amor á la patria........................	1	D.ª Rosario de Acuña...	Todo
El grito de independencia............	1	D. Enrique Cevallos...	»
El tio Palomo...........................	1	Remigio Vazquez...	»
La cruz de Mayo.......................	1	Emilio Álvarez.....	»
Las travesuras de Lola..............	1	Manuel Cuartero....	»
Los consuegros.........................	1	Enrique Zumel.....	»
Modesto Gonzalez.....................	1	Sres. Lasala y Palacios..	»
Palabra de honor......................	1	D. Eduardo Navarro...	»
Un triunfo de Calderon..............	1	Juan de Alba.......	»
Abdicar á tiempo......................	2	Eduardo Navarro...	»
Amnistía general......................	2	E. Segovia Rocaberti	»
El centenario en la aldea............	2	P. Moreno Gil......	»
El inspector del distrito.............	2	Emilio Álvarez......	»
Las ranas pidiendo rey...............	2	L. Mariano de Larra.	»
El desquite..............................	3	Ceferino Palencia....	»
El gran Galeoto........................	3	José Echegaray.....	
En el valle de Silay ó la expiacion de un malvado........................	3	José Sierra..........	»
uan Martin el Empecinado..........	3	Sres. Ferrer y Cuartero.	»
La Institutriz...........................	3	D. E. Navarro Gonzalvo.	»

LAS RANAS PIDIENDO REY...

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano. (3.ª edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1)
Sapos y culebras (1).
Una Virgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso. (2.ª edicion).
Juicios de Dios.
La flor del valle. (2.ª ed.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (3.ª edicion).
La planta exótica. (2.ª edicion).
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (6.ª edicion.)
Los lazos de la familia. (5.ª edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (3.ª edicion.)
La agonía. (3.ª edicion.)
Flores y perlas. (4.ª ed.)
Dios sobre todo. (2.ª ed.)
El hombre libre.
La primera piedra. (2.ª ed.)
Estudio del natural (2.ª edicion.)
La cosecha. (2.ª edicion.)
En brazos de la muerte.
¡Bienaventurados los que lloran! (5.ª edicion.)
El bien perdido. (2.ª ed.)
Oros, copas, espadas y bastos. (5.ª edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia.
La tarde de Noche-buena.
¡Una lágrima!
Los corazones de oro. (2.ª edicion.)
Tres piés al gato...
¡Risas y lágrimas!
Las ranas pidiendo rey.

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. (Música de Genovés.)
Todo son raptos. (M. de Oudrid.)
As en puerta. (M. de Oudrid.)
La perla negra. (M. de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (M. de Gaztambide.) (4.ª edicion.)
La conquista de Madrid. (M. de Gaztambide.) (3.ª edicion.)
Cadenas de oro. (M. de Arrieta.) (4).
Una revancha. (M. de Campo.)
La ínsula Barataria. (M. de Arrieta.)
Punto y aparte. (M. de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (M. de Rogel.) (2.ª ed.)
Los infiernos de Madrid. (M. de Rogel.)
La varita de virtudes. (M. de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (M. de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (M. de Marqués.)
Justos por pecadores. (M. de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (M. de zarzuelas.)
El atrevido en la córte. (M. de Caballero.)
El conde y el condenado. (M. de Rogel é Inzenga.) (5).
Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (4.ª edicion.)
La creacion refundida. (M. de Rogel.)
El barberillo de Lavapiés. (M. de Barbieri.) (10.ª edicion.)
La vuelta al mundo. (M. de Barbieri y Rogel.) (2.ª edicion.)
Chorizos y Polacos. (M. de Barbieri.)
Viaje á la luna. (M. de Rogel.)
Juan de Urbina. (M. de Barbieri.)
Los pajes del Rey. (M. de Oudrid.)
Las campanas de Carrion. (Música de Robert Planquette.)
La guerra santa. (M. de Arrieta.) (6).
El Corpus de sangre. (M. de Caballero.)

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz. (2) Idem con D. Ventura de la Vega. (3) Idem con D. Narciso Serra. (4) Idem con D. Ramon de Navarrete. (5) Idem con D. Antonio García Gutierrez. (6) Idem con Don Enrique Perez Escrich.

LAS RANAS PIDIENDO REY....

FÁBULA

EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Represeutada por primera vez en el Teatro de la COMEDIA el 9 de Noviembre de 1881.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1881.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLARA	D.ª Eloisa Gorriz.
AGUSTINA	Adela Zapatero.
DON JUAN	D. Emilio Mario.
DON SEVERO	Elías Aguirre.
CÁRLOS	Fernando Viñas.
FRANCISCO	Julian Romea.

La escena en Barcelona y en nuestros dias.

ACTO PRIMERO.

Escritorio de D. Severo en su fábrica de Barcelona. Mesa de despacho. Estantes con libros. Muchas piezas de telas en diferentes montones. Otras mesas para dependientes. Puerta al foro y laterales. Arca de caudales. Mesa y espejo grande.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA AGUSTINA entrando por la derecha, FRANCISCO con el plumero en la mano sentado en una butaca.

AGUST. Nadie! Aún estará durmiendo
el señor de horca y cuchillo...
FRANC. Ojalá!! Si él se durmiera (Levantándose.)
al menos descansaríamos.
Pero al despuntar el dia
dan sus crneldades principio:
recorre los almacenes;
investiga si han venido
los jornaleros; regaña
con los criados antiguos;
no deja vivir á nadie
y hasta la toma conmigo,
que soy ejemplo en la fábrica
de actividad y de juicio.
¿Qué más Neron ni Calígula

que don Severo?

AGUST. Francisco!
hay que perdonar al prójimo
sus flaquezas.

FRANC. ¡Convenido!
Sus flaquezas, sus desgracias,
sus faltas, hasta sus vicios;
pero sus millones nunca!

AGUST. Es un prójimo!...

FRANC. Ese tio
prójimo nuestro? buen prójimo
te dé Dios. El hombre rico
no tiene prójimos nunca!!
Tiene esclavos ó enemigos.

AGUST. Qué ideas?

FRANC. Naturalmente;
las de mi credo político.
Soy republicano neto,
y fuí alcalde de un distrito
el año setenta y tres,
cuando mandaban los mios.
Si hubiera cuajado aquello...
tal vez sería hoy ministro!

AGUST. ¡Ave María Purísima!

FRANC. Toma; ¿pues no fué Remigio
coronel de artillería
al año de caer quinto?

AGUST. Eso ya pasó!

FRANC. Por eso
no puedo ver á esos tios
que porque tienen dinero
y pagan nuestros servicios,
exigen que se trabaje!

AGUST. Eso...

FRANC. El hombre no ha nacido
para trabajar! Es libre!

AGUST. Pero el que paga!

FRANC. Maldito
sea el oro!... cuando le tienen
los demas! Estos principios
políticos, religiosos,
cantonales, son los mios.

AGUST. Si te escuchara mi hermano
ya te hubiera respondido.

FRANC. Porque ese es un ángel. Ese
es el amo que debíamos
tener. Amable, indulgente...
Si él fuese el jefe seríamos
todos dichosos.

AGUST. Y tanto!

FRANC. Todos pensamos lo mismo
en la fábrica. Si fuera
don Juan el principal! Digo!
Quien trabajaba!

AGUST. Pues hombre!...

FRANC. Es decir, trabajaríamos,
pero con cierta medida...
es tan bueno y compasivo...
en cambio el otro!...

AGUST. No te oiga!

FRANC. Á mí me importa un comino.
No pertenezco á la clase
de aduladores mezquinos
del poder. No soy esclavo!

AGUST. Pero al fin él nos da abrigo...
sueldo, casa!...

FRANC. Comerciando
con nuestro sudor.

AGUST. Francisco!
Prudencia.

FRANC. Comprando sangre
de ciudadanos!

AGUST. No digo
que no te sobre razon:
pero es el dueño.

FRANC. ¡Oh ludibrio!...
Amo, jefe, principal.
¿De qué, entónces, ha servido
que matáramos á César
en Roma, hace más de un siglo?

AGUST. Vamos! Cállate y sacude
el polvo... Si no está limpio
el escritorio...

FRANC. Dirá

que le sirvo mal...
AGUST. De fijo.
FRANC. Que le robo el pan que cómo...
Canalla!... Yo no me explico
cómo siendo Bernaregui
tan asociado y amigo
de don Severo Martinez
como de don Juan Rengifo,
no le dejó á este al morir
más que un legado mezquino,
y al otro le ha hecho heredero
del caudal en efectivo,
la fábrica, las empresas...
AGUST. ¿Qué quieres?
FRANC. Ha procedido
como un tirano. Olvidar
á una alhaja, á un buen amigo,
á un buen padre de familia,
para hacer dichoso y rico
á un hombre adusto, exigente.
Conservador! y está dicho
todo. Soltero, egoista;
que estará lleno de vicios...
digo! que hombre será él
que no tiene padres ni hijos!
AGUST. Eso digo yo. (Mirando á todas partes.)
FRANC. Usted misma,
á las que todos creíamos
que pensaba hacer su esposa,
¿no sufre, desde que es rico,
su indiferencia?
AGUST. ¡Me ha hecho
su ama de llaves!... (Con ironía.)
FRANC. Lo mismo
es para él que usted le cuide
el corazon que el cocido.
AGUST. Viene gente!... ¡Ah! mi sobrina.
FRANC. Otra víctima!
AGUST. Francisco!!

ESCENA II.

AGUSTINA, FRANCISCO, CLARA por la izquierda.

CLARA. No está papá?
AGUST. No, hija mia.
CLARA. ¿Sabe usté si ha decidido
hablar hoy á don Severo!
AGUST. Hija, lo siento muchísimo;
pero creo que tu padre
no se atreverá. Es tan tímido!
FRANC. Tan angelical...
CLARA. Entónces
qué vamos á hacer?
AGUST. Conmigo
podeis contar para todo.
CLARA. De veras?
AGUST. Sí tal; y hoy mismo
le hablaré.
CLARA. Pero de modo
que no se enoje. Él ha dicho
que cuando yo me establezca
desea ser mi padrino
de boda, y por el afecto
que siempre á papá ha tenido,
darme un buen dote.
FRANC. ¿Qué ménos
puede hacer ese... vampiro,
que darle á usted algo á cuenta
de nuestro sudor!
AGUST. Mas dijo
que tu enlace había de ser
á su gusto.
FRANC. Comprendido!
no gustándole jamás
el que usté elija, el muy pillo
se guarda el dote.
CLARA. Imposible!
AGUST. Puede que tenga Francisco
razon; se ha hecho tan avaro
y tan desagradecido...

FRANC. ¡Cuán diferente sería
su padre de usted.
AGUST. De fijo!
FRANC. El que usté eligiera... ese!
era al punto su marido,
y la daría á usté en dote
sin reparar en pelillos,
la mitad de su fortuna.
CLARA. Oh, siendo mi padre rico!...
pero como don Severo
no es al fin pariente mio...
cuanto haga hay que agradecerlo!
FRANC. Y hasta pedirle permiso...
CLARA. ¿Pero es que ustedes no quieren
á don Severo?
AGUST. Muchísimo!...
pero una cosa es quererle...
y otra cosa es...
CLARA. ¿No ha venido
Cárlos?
FRANC. Ya estaba en la fábrica
hace una hora.—Le he visto
con el... ogro!... que le echaba
cada sermon....
AGUST. Me decido
á hablarle yo.
CLARA. Gracias, tía,
pero con calma, con tino,
no vaya usted á enojarle.
FRANC. Vaya! si será preciso
arrodillarse... Esté usted (Á Agustina.)
á la altura de su siglo.
Háblele con energía!
y con el desprecio digno
que merecen todos los
poderes constituidos!
CLARA. Él es nuestro protector!
FRANC. Nuestro Cronwel.
AGUST. Oigo ruido.
Es él!
FRANC. (Presenten... plumero!)
Oh! ignominia! oh socialismo!)

(Se retiran á los lados con temor. Entran por el foro D. Severo y Cárlos siguiendo una conversacion y sin ver á los que están en la escena hasta su tiempo.)

ESCENA III.

DICHOS, D. SEVERO y CÁRLOS.

SEVERO. Se empeñan en no pagar
y hay que saber el motivo!
CARLOS. Afirman que la cosecha
ha sido mala; que el trigo
se ha vendido mal!
SEVERO. Por eso
averiguarlo es preciso.
Si por desgracia los pobres
no pueden, yo nada exijo...
Se les da un plazo... Si mienten
se les ejecuta... Digo
si no piensa usté otra cosa...
CARLOS. No señor; yo me resigno:
mas siento que me dé usted
tal comision.
SEVERO. Sin principios
de órden y de economía
no hay capital... No había visto
á ustedes. (Reparando en los demas.)
CLARA. Muy buenos dias. (Con timidez.)
AGUST. Muy buenos. (Con temor.)
FRANC. Lo mismo digo. (Con mal gesto.)
SEVERO. Estás aún aquí? Dos horas (Á Francisco.)
para mal-limpiar tres libros
y dos legajos?
FRANC. Qué es eso
de mal-limpiar? Desafío
á cualquiera...
SEVERO. Basta!
FRANC. (Retirándose con solemnidad.) Y sobra.
(Ni Narvaez.)
SEVERO. ¿No ha salido (Á Clara.)
aún tu padre?

CLARA. No señor.
SEVERO. Poco madruga.
AGUST. Ya ha ido
á los talleres.
SEVERO. Y usted... (Á Agustina.)
AGUST. Todo está arreglado y limpio
en la casa.
SEVERO. No decía
yo tanto! Yo no me cuido
de esas cosas! ¿No es usted
la que manda en nombre mio,
la que dispone de cuanto
hay en mi casa?
AGUST. No digo
que no!
FRANC. (Su casa! Su casa!
oh! la propiedad!)
SEVERO. Yo estimo (Á Agustina.)
á usted cuanto quiero á Juan,
mi compañero y amigo
de hace veinte años. Yo á Clara
tengo un paternal cariño,
y puesto que son ustedes
mi única familia, exijo
no el ceremonioso afecto
que escasamente consigo,
sino la amistad leal
que siempre los he tenido.
AGUST. Antiguamente...
SEVERO. No es cierto!
Yo siempre he sido lo mismo.
Ustedes sí que me tratan
todos de un modo distinto.
AGUST. No sé...!
CLARA. Yo no...
FRANC. Lo que es yo
tampoco...
SEVERO. No hablo contigo!
Cuando Juan y yo no éramos
más que empleados sumisos
de Bernaregui, recuerdo
que como hermanos vivíamos:

de igual modo nos trataba;
y cuando le dió el capricho
de testar en mi favor
al morir y quedé rico,
por él... dueño de la fábrica...

FRANC. (Bonita eleccion!...) (Entre dientes.)

SEVERO. Qué has dicho?

FRANC. Estoy limpiando!...

SEVERO. Le dije
á Juan: «tú, desde ahora mismo
»te señalas aquí el sueldo
»que quieras!... Tráete contigo
»á tu hermana y á tu hija,
»vivamos todos unidos
»y sigamos trabajando;
»lo que tengo es tuyo y mio!»

FRANC. (Programa de ministerio
nuevo; jamás se ha cumplido!)

SEVERO. ¿Por qué pues con tal reserva
responden á mi cariño?
¿Qué notan en mi conducta,
y por qué el afecto mio
en vez de caras risueñas
pagan con rostros esquivos?

AGUST. La gratitud...

CLARA. El respeto...

SEVERO. El amor es lo que pido.

FRANC. (Tambien quiere amor el Creso;
¡qué exigentes son los ricos!)

CLARA. Yo se le tengo y en prueba
de ello...

SEVERO. Habla...

CLARA. (Con timidez.) Yo no sé...

SEVERO. Dilo.

CLARA. No me corresponde á mí;
mi padre...

SEVERO. Nada me ha dicho.

CLARA. Mi tia...

AGUST. Yo soy el ama
de llaves y me resigno
á mi papel.

SEVERO. (No hay manera!)

CLARA. Álguien más debe decirlo. (Mirando á Cárlos.)
SEVERO. Ah! se trata!...
CARLOS. Don Severo,
yo amo á Clara con delirio:
Clara á mi amor corresponde:
su padre me ha concedido
su mano, pero exigiéndome
que alcancemos el permiso
de usté, ya que usté es de Clara
el protector y el padrino.
CLARA. Eso es lo que hay.
SEVERO. Y tu padre
aprueba?
AGUST. Con gozo íntimo;
con placer!
SEVERO. Y usted...
AGUST. Tambien...
FRANC. Y es excelente partido!
SEVERO. Quién te mete á tí?
FRANC. Se trata
del aumento progresivo
de la poblacion; y todos
los que somos estadísticos
tenemos derecho...
SEVERO. Basta!
FRANC. (No deja hablar este tio.
Vamos! para presidente
del Congreso era magnífico!)
SEVERO. No desapruebo esa boda;
tú eres buena, él es un chico
trabajador; pero áun
no tiene un porvenir fijo;
sois muy jóvenes. Veremos
mas adelante. Yo mismo
le daré en alguna empresa
participacion. Si es listo
y trabaja, tú serás (Á Clara.)
su recompensa.
FRANC. (No digo?
Adios boda!)
SEVERO. Yo hablaré
con Juan despues...

AGUST. (Con sarcasmo.) ¡Lo temíamos!
SEVERO. ¡Hola!
AGUST. ¡Si era natural!
SEVERO. No comprendo.
AGUST. No es lo mismo
el prometer que el cumplir.
SEVERO. Cómo?
AGUST. Si se ha arrepentido
usted, como ahora acostumbra,
de sus proyectos antiguos,
y no quiere á mi sobrina
dar el dote...
SEVERO. ¡Qué mezquinos
pensamientos los de ustedes!
CLARA. Don Severo, yo no he dicho...
SEVERO. ¿Cuál ha sido mi respuesta
al plan de esa boda? Miro
á Clara como si fuera
hija mia; y si sentido
práctico tiene su padre,
debe responder lo mismo
que yo. Tú eres una niña;
Cárlos aún no ha cumplido
veintitres años... ¿qué edad
es esa para marido?
Trabaje algun tiempo; llegue
á ser tenedor de libros
siquíera; y si yo fallezco
de repente, ó si me arruino,
lo cual no es difícil, pueda
tener un porvenir fijo,
mantener á su mujer
y dar carrera á sus hijos.
¿Qué hay en esto de tiránico?
¿Adónde está mi egoismo?
¿Con qué ojos me ven ustedes,
que sólo porque soy rico
ven siempre en todos mis actos
cálculo y nunca cariño?
CLARA. Yo entiendo su corazon
y sus consejos admito.
FRANC. (Qué hipócrita! Se guardó

los patacones!)

AGUST. Insisto
en mi opinion. Si no en ese,
en otro asunto distinto (Con intencion.)
no piensa usté de igual modo
que hace tiempo!

SEVERO. Y si yo he visto
que en antipatía, en odio,
se cambió el afecto antiguo
de los demas; si el carácter
que era afable y espansivo,
se ha hecho adusto, dominante,
y susceptible y satírico...
¿No fuera en mí necedad
encadenar mi albedrío
para siempre, con un ser
en quien veo un enemigo?

AGUST. ¡Nadie conoce en el mundo
sus defectos!

SEVERO. Exactísimo.

AGUST. Usted es el que ha cambiado,
no nosotros.

FRANC. (Colocándose en medio.) Yo lo afirmo!
Ántes era usted tratable!

SEVERO. Cómo!... insolente!

FRANC. Qué epíteto!

CLARA. (Cállate.) (Ap. á Francisco.)

FRANC. No somos negros!

SEVERO. En el acto te despido
si te oigo una frase más.

FRANC. No son frases, son quejidos
de mi dignidad de hombre!

SEVERO. Aún aquí?

FRANC. El caso es...

SEVERO. Francisco.

ESCENA IV.

DICHOS y JUAN por el foro.

JUAN. ¿Qué ocurre?

SEVERO. Á buena hora vienes!

FRANC. Diga usted, tiene usted alguna (Á Juan.)
queja de mí?
JUAN. Yo!... Ninguna.
(Váse Francisco con un gesto de majestad.)
FRANC. Ya lo ve usted!...
SEVERO. (Impaciente.) Oh!
JUAN. Qué tienes?
(Acercándose á él.)
SEVERO. Que haciendo siempre por todos
cuanto el deber y el amor
me ordena, vuestro rigor
me ofende de todos modos.
JUAN. Qué?
SEVERO. En vuestos rostros uraños
encuentro el pago fatal
con que premiais mi leal
afecto de tantos años.
Todos en vez de mirar
en mí un padre cariñoso,
mi proceder generoso
gozais en interpretar.
Y no hay forma ni manera
de que cuanto dé por hecho,
aun siendo en vuestro provecho,
logre aprobacion sincera.
Habla! Deja esa apatía;
que quejas teneis de mí?
JUAN. Pero yo en qué te ofendí?
Me levanto al ser de dia;
en la fábrica vígilo,
en el escritorio velo,
todo te lo tengo al pelo
pasando la vida en vilo.
Mi respeto, mi adhesion...
y mi interés por tus rentas...
Nada; examina mis cuentas...
(Señalando los libros.)
SEVERO. ¿Cuentas? de tu corazon.
¿Cuándo ni cómo he dudado
de tu honradez, ni...
JUAN. Con todo...
mirarlas bien.

SEVERO. Si no hay modo
de que entiendas...

JUAN. ¿Qué ha pasado?

AGUST. Que le hablamos de la boda
de tu hija.

JUAN. Vamos, ya!
¿y quién os manda?...

AGUST. Quizá
ese plan no le acomoda!
(Como prometió dotarla!) (Ap. á Juan.)

JUAN. (Ah! puede!) Mira, Severo,
si lo haces por el dinero...

SEVERO. Adios!...

JUAN. Y no quieres darla
lo que prometistes...

SEVERO. Juan!

JUAN. Tú eres el amo, eres rico
y yo...

SEVERO. ¡Cuanto más me explico,
más estúpidos están!

AGUST. No es necesario insultarnos;
que aunque tanto le debemos,
tal trato no merecemos.

JUAN. Y si es que quieres echarnos....
lo dices!

SEVERO. ¡Dios mio!

JUAN. Y pronto!

AGUST. Y no abriremos la boca!

CLARA. Papá!...

SEVERO. ¡Tu hermana está loca!

JUAN. Pero yo...

SEVERO. Y tú, eres un tonto! (Váse.)

ESCENA V.

DICHOS ménos SEVERO.

JUAN. Tonto!... si yo fuera rico
no me insultaras asi!

CARLOS. Como es el principal...

JUAN. Sí;
ya su mal trato me explico.

AGUST. Y se agüó tu casamiento?
CARLOS. Por qué? Yo sé trabajar,
y fuera de aquí ganar
puedo tambien el sustento.
JUAN. Hombre, si no es para tanto!...
ni quién te echa de esta casa?
CARLOS. Pues si otra vez se propasa!...
JUAN. Es bueno!
AGUST. Tú eres un santo,
y le defiendes.
JUAN. Sí tal;
cuanto somos le debemos
y por eso le queremos...
AGUST. Y en cambio nos trata mal.
JUAN. Le acusais injustamente:
si alguna vez se propasa...
la verdad es que en su casa
estamos perfectamente.
Él y yo somos iguales;
no hay segundo ni primero.
AGUS. Ya!... pero eres su cajero...
JUAN. Y me da veínte mil reales;
y aunque no es dulce ni es tierno,
no es justo que yo le arguya;
mira á mi hija como suya;
tú eres su ama de gobierno...
AGUST. ¡Esa es su infamia mayor!
JUAN. ¡Ah!...
AGUST. ¿Por qué no considera
que una mujer casadera
aspira á un puesto mejor?
JUAN. Conque tú?...
AGUST. ¿Qué haría de más,
hasta por bien parecer,
en hacerme su mujer?
JUAN. Eso!...
AGUST. Á defenderle vas?
JUAN. Yo no!...
AGUST. Cuando no era rico
bastantes bromas me daba!
JUAN. Qué me cuentas?
AGUST. Ya gastaba

mucho jarabe de pico,
«y está usté fuerte, vecina!
»y qué colores de rosa!
»y Agustina es muy graciosa!
»y qué cutis, Agustina!»
Pero despues que heredó...
«ahí va el dinero del mes:
»cero y uno, uno; y dos tres,
»y dos cinco.» Y se acabó.
Me habla apenas, y hace mutis
en cuanto escucha mi nombre;
está visto; para ese hombre
ya no he vuelto á tener cutis.

JUAN. Es difícil resistir
á un cambio de posicion...

AGUST. Pero cuando hay corazon
no se debe hacer sufrir.
¿Pues qué, si tú hubieras sido
de Bernaregui heredero,
serías como Severo?

JUAN. Hija, Dios no lo ha querido.
No por mí, yo os lo aseguro,
yo soy un hombre modesto
siempre á trabajar dispuesto,
y que por nada me apuro.
Mas por no ver á mi lado
dolor ni tristeza alguna,
esa opulenta fortuna
quisiera haber heredado.
Por mi hija, por mi hermana,
por esos trabajadores
que ganan con mil sudores
el jornal de la semana,
por usté mismo; me explico? (Á Cárlos.)
aunque no tengo ambicion,
siempre mi buen corazon
dice: «¡Si yo fuera rico!»

AGUST. No habría ni un desgraciado
en la fábrica!

JUAN. Eso es!
Os casábais, y despues,
todos juntos á mi lado.

AGUST. Á ese señor orgulloso
que nos trata con despego...

JUAN. Si tal, cediendo á tu ruego
yo le hubiera hecho tu esposo.
Pero hijos, qué se ha de hacer?
él es el rico; yo no!
Vengan los manguitos.
(Poniéndose unos manguitos de percalina negra.)

AGUST. Oh!

JUAN. Hay que ganar de comer,
y hasta dar gracias á Dios,
pues debemos á un amigo
sueldo, hogar, sustento, abrigo...

AGUST. Bien le pagamos los dos!

JUAN. Sin él, nosotros...

AGUST. No acabes.
¿Dónde por ménos dinero
tendría un probo cajero
y una fiel ama de llaves?

JUAN. Pero estamos atendidos,
hacemos lo que queremos;
y pues tanto le debemos
hay que estarle agradecidos.

AGUST. Y tu hija no se casa?

CARLOS. Y rechaza nuestra union?

AGUST. Y no la dota, el bribon!

JUAN. Esto de la raya pasa;
llámale avaro, altanero,
egoista, necio, loco!...
insoportable! y es poco;
mas, bribon, no lo tolero.
Á trabajar; cierra el pico!
(Á Agustina, que quiere hablar.)
ganemos nuestro jornal...

CARLOS. Oh! mundo!

AGUST. Oh! suerte fatal!

JUAN. Jornal! ¡Si yo fuera rico! (Se sienta á escribir.)

ESCENA VI.

DICHOS, FRANCISCO por el foro, con un papel.

FRANC. La cocinera pregunta
por usted hace media hora. (Á Agustina.)
AGUST. Que espere; ya voy ahora!
FRANC. (Hay que acudir á esta junta...
En vísperas de elecciones,
tratándose del partido,
hay que meter mucho ruido,
sostener sus opiniones!...
Yo echaré un discurso. Sí!...
La crísis de España es grave!
¡No hay oradores!... ¿quién sabe?
tal vez me elijan á mí!)
AGUST. Vente conmigo, hija mia. (Á Clara.)
CARLOS. Ya sabe usted que la adoro, (Á Clara.)
que su amor es mi tesoro
y su afecto mi alegría.
Si usted no quiere esperar
como dice don Severo,
yo darla mi mano quiero
cuanto ántes...
AGUST. ¡Eso es hablar!
CLARA. Yo que pienso de otro modo
que mi padre y que mi tia,
por nada disgustaría
á mi padrino...
AGUST. Con todo!...
CLARA. El querrá sólo mi bien,
y yo á su gusto me allano.
CARLOS. Pero...
CLARA. Daré á usted mi mano
cuando él se la dé tambien.
(Váse Agustina y Clara.)

ESCENA VII.

JUAN, FRANCISCO, CÁRLOS, á poco D. SEVERO.

FRANC. Ah! se me olvídó decir
de parte del principal
que está ahí el corresponsal
de Olot y que hay que expedir
los veinte fardos al punto.
JUAN. ¿Y por qué cuándo has entrado
no lo has dicho? (Con dulzura.)
FRANC. Lo he olvidado
por otro importante asunto.
No siempre se hàn de cumplir...
(Con mal modo.)
JUAN. Bien, Francisco; no hay que hablar!
(Con dulzura.)
FRANC. (Así se debe mandar,
y así se debe servir.) (Se sienta.)
SEVERO. Juan! te esperan. (Por el foro.)
JUAN. Ah! perdona!
Francisco no me ha avisado.
FRANC. (Ya lo dijo!) (Levantándose.)
SEVERO. Le he mandado
hace un siglo. No hay persona
que cumpla con su deber!
JUAN. Hombre! (Cárlos se va por el foro.)
SEVERO. Esto no va contigo!
JUAN. No importa, yo soy testigo
de que él lo ha querido hacer,
mas tuvo una distraccion...
FRANC. Justo!
SEVERO. ¡Siempre defendiendo
al que cumple mal!...
JUAN. ¿Te ofendo?
SEVERO. Tienes muy buen corazon;
mas sería bien que hicieses
algo más por mí...
JUAN. Te altera?...
SEVERO. Que es tu obligacion primera

mirar por mis intereses.
(Vuelve á entrar Cárlos.)

JUAN. Yo trabajo...

SEVERO. Bien está!
despachen ustedes dos. (Á Juan y Cárlos.)

CARLOS. (Vamos!) (Á Juan ap.)

JUAN. (¡Sea todo por Dios!)

CARLOS. (Si usted fuera el jefe!)

UAN. (Ah!) (Vánse.)

ESCENA VIII.

D. SEVERO, FRANCISCO.

SEVERO. Y tú, desde este momento (Paseándose.)
puedes ahorrarte si quieres
el trabajo y los quehaceres.

FRANC. Sí señor, con eso cuento.
Si en la lucha electoral
me eligieran diputado....

SEVERO. Estás loco?

FRANC. De contado
iría á la capital.
Si esto acaba en barricadas (Con misterio.)
podré ser, segun mis humos,
recaudador de consumos...
ó director de estancadas.

SEVERO. Imbécil, lo que has de hacer,
ya que no sabes servir,
ni trabajar, es vivir
de lástima.

FRANC. Qué?

SEVERO. Comer,
y no robar el salario
que desde hoy mismo tendrá
otro criado, que es ya
en mi casa necesario.

FRANC. Me despide usted?

SEVERO. Debía,
por holgazan, mas ¿adónde
has de ir?

FRANC. ¡Ya no se me esconde
su constante antipatía!
¡Como he sido cantonal!
SEVERO. Tú has sido y eres un tonto,
holgazan, inútil...
FRANC. ¡Pronto
me tratará ménos mal!...
SEVERO. Por ser antiguo criado
del que me legó su herencia,
á costa de mi paciencia
en casa te he tolerado:
come pues y en ella vive,
puesto que en ella has nacido:
mas déjame estar servido
á gusto.
FRANC. ¡No se concibe
tal ingratitud!
SEVERO. ¡De veras? (Con ironía.)
FRANC. ¡Ni tal dictadura!
SEVERO. Oh! (Impaciente.)
Ven aquí! ¡si otro que yo
(Cogiéndole de la solapa y zarandeándole.)
aquí por amo tuvieras,
no te habría soportado
ni un solo minuto... ¿estás?
FRANC. Repare usted...
SEVERO. ¡Y de hoy más
sabrás lo que es ser criado.
¿Te irrita mi tiranía?
¿me sirves mal y con ceño?
Si á cambiar llegas de dueño,
me lo dirás algun dia!
Vete!
FRAN. Yo! (Desasiéndose.)
SEVERO. Vete, te digo!
FRAN. Tiene usted razon, que es tarde.
(Este hombre es un Calomarde!...
No va á tener un amigo! (Váse.)

ESCENA IX.

SEVERO, solo.

SEVERO. Me sacó de mis casillas
y por poco!... Pues señor...
(Despues de una pausa.)
ni la bondad, ni el amor,
ni las cosas más sencillas
del mundo, pueden lograr
que el que cree merecer
lo que otro llega á tener,
se lo quiera perdonar.
Yo que procuro ser bueno
con todos, y compasivo,
despego y odio recibo...
¡oh, envidia del bien ajeno!
¿Qué extraño es que el hombre invoque
¡oro! tu poder profundo,
si tú serás en el mundo
siempre la piedra de toque!
Juan es hoy humilde, afable,
generoso, desprendido;
¿hubiera lo mismo sido
á ser rico? no es probable.
Él lo dice á boca llena;
«si yo fuera rico un dia,
ninguno padecería
á mi lado.» Es causa ajena
y no es fácil conocer
al hombre sin la ocasion;
que donde no hay tentacion
poco mérito es vencer.
¿Quién sabe si soy yo injusto
y me tengo por humano?
Quién sabe si soy tirano
y despótico y adusto?...
Una prueba necesito,
y al cielo mi afan invoca;
álguien hay que se equivoca;
¡Á la prueba me remito!

ESCENA X.

SEVERO, JUAN, con un pliego en la mano.

JUAN. Ah! estás aquí?
SEVERO. Qué querías?
JUAN. Estás ya de mejor genio?
SEVERO. Tan malo es el mio?
JUAN. Á veces!
Hoy estabas tan severo
como tu nombre
SEVERO. Dispensa
si te ofendí...
JUAN. Nada de eso!..
¿Estabas de mal talante?...
¡qué diablo! tú eres el dueño...
SEVERO. ¡Esa no es una razon!
Qué pasa?
JUAN. Traen este pliego
del notario Bustamente;
dice urgente.
SEVERO. ¿Le has abierto?
JUAN. No viene para la casa
comercial; pues sobre el sello
de la notaría, dice:
«Reservado.»
SEVERO. No comprendo!
Esperan contestacion?
JUAN. No tal, dicen que tú luégo
vayas por allí!
SEVERO. Trae! quédate!
Con tu permiso. (Abre el pliego.)
JUAN. (Qué atento!..
¿Tendrá mi hermana razon!
¿Será algunas veces bueno
echarle el toro y hacerle
ver que nada le debemos...
segun ella?)
SEVERO. Juan, acércate!
JUAN. Qué?
SEVERO. Yo no tengo secretos

para tí!

JUAN. Si es reservado...

SEVERO. En tí lo está.

JUAN. Te agradezco!...
(Acercando una silla.)

SEVERO. Leamos juntos.

JUAN. Á qué?

SEVERO. Á ver que es este misterio!
(Se sientan. Severo lee.)
«Estimadísimo amigo: con un hombre de alma ménos superior, usaría más precauciones para prepararle á la gran desgracia que esta carta le anuncia.»
Hombre, qué quiere decir. (Declamando.)

JUAN. Gran desgracia, estamos frescos!

SEVERO. (Sigue leyendo.) «La fortuna de que usted disfruta no le pertenece, y por lo tanto puede usted considerarse arruinado.»
¡Arruinado! Dios bendito!

JUAN. Arruinado tú?...

SEVERO. Lo siento...
por tí!

JUAN. ¿Qué?

SEVERO. Por tu familia;
aunque yo muy poco he hecho
por vosotros...

JUAN. ¡Hombre... poco!...

SEVERO. Por los pobres jornaleros
de la fábrica! Sigamos!

JUAN. Sí, sigue, que el caso es serio!

SEVERO. (Leyendo.) «Unido al testamento del señor »Bernaregui, por el que heredó usted toda »su fortuna, existía un pliego lacrado y se»llado por el testador, que yo no debía abrir »hasta el primer aniversario de su muerte. »Ayer cumplió el plazo, y abierto el pliego »por mí, me he encontrado con otro testa»mento ológrafo de fecha posterior al pri»mero y por el cual anulando éste, institu»ye heredero de todos sus bienes á su ami»go y cajero don Juan Bengifo.»

JUAN. Eh! qué dices? (Dando un salto de la silla.)

SEVERO. Juan Rengifo!
Tú!

JUAN. Yo! no puede ser eso!...

SEVERO. Míralo bien!

JUAN. Ya lo miro. (Mirando al pliego.)

SEVERO. Míralo más!

JUAN. Ya lo veo!
Yo!... tú! ¡María Santísima!
(Temblándole las piernas.)

SEVFRO. Hay más! sigo?

JUAN. Sigue!

SEVERO. Temo!...
que la emocion te haga daño.

JUAN. Yo me contendré; los nervios...
es natural! Sigue, hombre!

SEVERO. (Leyendo.) «Indudablemente usted tiene de»recho á sostener el suyo acudiendo á los »tribunales; pero como esta es, segun yo »creo, más cuestion de conciencia que de »derecho civil, escribo á usted para ente»rarle de lo que ocurre y esperar en su con»secuencia las órdenes que usted quiera »darme. Suyo afectísimo.» (Se levanta.)
Incomprensible suceso! (Declamando.)
Marcar Bernaregui un año
á la apertura de un pliego
que hace cambiar de repente
á su fortuna de dueño!
Él tan formal; y qué importa?
si yo esos bienes poseo
con derecho y justo título.
seguir un litigio puedo!

JUAN. Seguir un litigio? (Con temor.)

SEVERO. Claro!
ya ves tú!

JUAN. (Malo me he puesto!)

SEVERO. (Paseándose.)
Y por qué? por disputarte
á tí, al amigo sincero
y leal esa fortuna?
Para oponerme al deseo
de otro amigo á quien debí

como tú amparo y afecto?
De ningun modo, qué diablo!
La fortuna es loca; séalo
en buen hora! pobre fuí;
si otra vez pobre me veo,
me figuro que he soñado
ser rico un año. ¿Y qué ménos
puedo hacer por tí? tú eres
mejor que yo! tu buen genio,
tu buen corazon, tu alma
sencilla te dan derecho
á ser rico, y de seguro
mejor que yo sabrás serlo!
La conciencia me lo ordena.
¡Duro es! malos pensamientos
lejos de mí! Juan; la herencia
es tuya; yo nada tengo!
Dame un abrazo!

JUAN. Un abrazo? (Abrazándose.)

SEVERO. Ya eres rico!

JUAN. Yo... me... muero!...
Socorro! (Gritando.)

SEVERO. Júan!

JUAN. Agua, vino!
cualquier cosa! Esto es un sueño!

SEVERO. La realidad!

JUAN. Agustina! (Gritando más fuerte.)
Clara! hija!

SEVERO. Lo primero
es serenarte. Ten calma,
y no escandalices!

JUAN. Quiero!

AGUST. ¿Qué ocurre? (Entrando asustada por el foro.)

CLARA. (Id. por la izquierda.) Es papá quien grita?

CARLOS. Qué sucede aquí? (Id. derecha.)

FRANC. Qué es esto? (Id. foro.)

ESCENA XI.

TODOS.

JÚAN. Esto? No sé! ¡Carta canta!

Vayan ustedes leyendo:
(Entrega la carta á Agustina y Clara que van leyendo.)
que soy millonario!...

FRANC. Otro? (Con desesperacion.)

JUAN. Que el legítimo heredero
de Bernaregui soy yo:
que soy de esta casa el dueño;
que no hay más amo en la fábrica
que yo! que tengo dinero!...

AGUST. Es verdad!
(Dando la carta á Cárlos que lee en voz baja.)

FRANC. Sea enhorabuena!
Ahora descansar podremos.

CLARA. Papá! (Abrazándole.)

SEVERO. Calma!

AGUST. Hermano mio! (Gritando.)

CLARA. ¡Pero y usted, don Severo, (Acercándose á él)
renuncia?

SEVERO. Ese es mi deber!

JUAN. Pues es claro! ¿qué hay en ello
de particular? La herencia
no es suya...

CLARA. Casi lo siento.
(Con ternura á D. Severo.)

JUAN. Pues muchas gracias!

SEVERO. Tú eres
un ángel!...

CARLOS. Don Juan, celebro...

JUAN. Bien!

FRANC. ¡Los chicos de la fábrica
van á saber al momento
la noticia! que alegron!... (Váse corriendo.)

AGUST. Qué felicidad!

JUAN. Severo,
ya sabes; mientras yo viva
siempre aquí tienes un puesto...
(Señalando á la mesa.)
Á recorrer los talleres;
despues á dar un paseo;
yo necesito aire, aire!...

AGUST. Ya soy feliz!

CARLOS. Ya me veo
dueño de tu mano! (Á Clara.)
AGUST. ¡Vamos!
JUAN. Hija, á mi lado!
SEVERO. Yo espero (Á Juan.)
poder darte ya mañana
las cuentas y documentos
que te pertenecen!
JUAN. Justo!
SEVERO. Haré el balance, el recuento...
JUAN. No corre prisa, cuanto ántes!...

ESCENA XII.

DICHOS, FRANCISCO y los OBREROS en el foro.

FRANC. Viva don Juan! (Gritando.)
OBREROS. Viva! (Idem.)
SEVERO. (Al ménos
todos son felices!)
JUAN. Hijos! (Abrazándolos.)
AGUST. Adios! (Con rapidez á D. Severo.)
CARLOS. Adios. (Idem.)
FRANC. ¡Hasta luégo,
ciudadano! (Con desprecio.)
CLARA. Hasta despues! (Dándole la mano.)
JUAN. Ah! los manguitos; marchemos!
(Quitándose los manguitos y dandóselos á D. Severo.)
AGUST. Ah! las llaves. (Dejándolas en la mesa.)
JUAN. (Gritando en el foro.) Ya soy rico!
TODOS. Viva! (Rodeándole y tirando al aire los sombreros.)
SEVERO. (Pausa. Los contempla alejarse y dice:)
¡Lo que hace el dinero!
(Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, SEVERO, sentados.

JUAN. Pero en resumidas cuentas,
vamos á ver, ¿cuánto tengo?
SEVERO. La fábrica vale poco...
JUAN. Poco?
SEVERO. Poco en estos tiempos.
Era preciso montarla
más á la moderna, y eso
si aumentaba el capital,
comprando motores nuevos
y máquinas, dejaría
sin pan á muchos obreros.
JUAN. Ya!
SEVERO. Y ahí tienes la razon
de por qué no quise hacerlo;
porque ellos ganaran más
yo preferí ganar ménos.
JUAN. Buena es la filantropía,
y yo no le quito el mérito
á tu accion; mas de ese modo
no se hace dar al dinero

la renta debida.

SEVERO. Es claro!

JUAN. Qué más?

SEVERO. Ademas, tenemos...
es decir, *tienes*, perdona
mi distraccion!...

JUAN. Sigue... Tengo!...

SEVERO. La casita del ensanche....

JUAN. Ya la conozco; fué empeño
de Bernaregui, y gastó
en construirla lo ménos
treinta mil duros.

SEVERO. Inútiles
como renta.

JUAN. Tambien eso?

SEVERO. Ya sabes que en ella viven
gratis, en cuartos modestos,
todos los trabajadores
de la fábrica que, viejos
ó inútiles, ya no sirven
para el trabajo.

JUAN. El Gobierno
tiene hospitales y hospicios;
es muy rico y puede hacerlo.
¡Pero un pobre comerciante!...
Si á su capital pequeño
cercena treinta mil duros,
¡bonito negocio ha hecho!

SEVERO. Bernaregui lo dispuso,
y yo respeté, aunque muerto,
su caridad.

JUAN. Algo cara!

SEVERO. Yo con poco me contento.
Si su fortuna me ha dado
lo suficiente, pudiendo
darte á tí y á tu familia
con que vivir; al obrero
con que comer, y á la industria
con qué sostener el crédito
de la casa, ¿qué importaba
que produjera algo ménos
un capital heredado,

y aunque mio, siempre ajeno?

JUAN. Sí! Sí! Pero en fin, qué más?
porque á ese paso no veo...

SEVERO. ¿No sabes perfectamente
cuáles son los rendimientos,
los negocios de la casa,
los sobrantes y los créditos?

JUAN. Pero yo me presumía
que había aquí más dinero;
que tú podías tener
algun negocio secreto,
algun capital privado...

SEVERO. ¿Dónde has visto en el comercio
tal extravagancia? Todo
lo que entra y sale, su asiento
tiene en el libro de caja.

JUAN. Claro!...

SEVERO. Tú eres el cajero
hace muchos años...

JUAN. Sí!

SEVERO. Luego tú debes saberlo.

JUAN. La casa un año con otro,
sobre poco más ó ménos,
recauda como ganancia
cinco ó seis mil duros.

SEVERO. Bueno!
Esa es la renta que tienes!

JUAN. Una miseria!

SEVERO. Convengo.

JUAN. Puede producir el doble.

SEVERO. Haz que lo produza.

JUAN. ¡Pero,
hay que hacer grandes reformas!

SEVERO. Pues hazlas! ¿No eres tú el dueño?

JUAN. Y tanto que las haré!
Hay muchos gastos!

SEVERO. Convengo.

JUAN. Y mucho empleado inútil...

SEVERO. ¿Cómo tú no has dado en ello
cuando era yo el principal?
Todos estábais diciendo
que yo por todos hacía

muy poco, y ahora tenemos,
que hacía más de lo justo,
en mi perjuicio.

JUAN. No es eso! (Levantándose.)
Sino que cada uno tiene
su modo de ver diverso
los negocios. No es lo mismo
cobrar que pagar; y creo
que si el que *cobra* no mira,
el que *paga* debe hacerlo.

SEVERO. Los títulos de la casa;
(Enseñándole un legajo de papeles.)
la escritura de los censos
de Olot: la nota... el resguardo...
todos estos doeumentos,
irán esta tarde misma
á la notaría. Anhelo
que cuando ántes entrar puedas
en posesion...

JUAN. Yo te ruego
que no actives! El notario
se tomará todo el tiempo
que quiera; y respecto á tí,
es necesario que hablemos.

SEVERO. De qué?

JUAN. Yo he sido en tu casa
empleado; debes serlo
tú de la mía...

SEVERO. Empleado?

JUAN. Justo. Yo seguí en mi puesto;
acepté que me aumentáras
en casi el doble mi sueldo,
me vine á vivir contigo
con mi hermana, mi hija...

SEVERO. Bueno:
y qué?

JUAN. Que tú con nosotros
tienes que seguir viviendo.

SEVERO. ¿Tengo yo acaso otra casa?

JUAN. No la tienes; pues por eso,
esta es la tuya. Tendrás
como yo tuve... un empleo...

Yo era padre de familia...
qué diablo! tú eres soltero!
¡Dichoso tú que con poco
tienes bastante!

SEVERO. No hablemos
de tal cosa. Haz lo que quieras;
y si es que te soy molesto
en tus nuevos planes, ¡dilo!

JUAN. ¡Hombre! quién te ha dicho eso?

SEVERO. Nadie; pero piensa bien
lo que te conviene. Creo
que las reformas se deben
hacer al principio; luégo
es el llevarlas á cabo
más costoso y más expuesto.

JUAN. Reformas!... mucha falta hacen!...

AGUST. Hola!... estás aquí? Me alegro!...
(Á Juan, entrando por el foro.)

SEVERO. Voy al almacen. (Á Juan.)

JUAN. (Mandando á Severo.) ¡Á mi hija
dila que venga!...

SEVERO. Al momento.
(Váse sonriendo.)

ESCENA II.

D. JUAN y AGUSTINA.

AGUST. ¡Conque no es un sueño, Juan,
que somos ricos al fin!
y desde hoy nuestros serán
casa, fábrica y jardin!
¿Conque es otra vez Severo
pobre por cambios tan graves?
¿Conque tú no eres cajero,
ni yo soy ama de llaves?
Á ménos de no ser santo
hay para volverse loco.
¿Conque vas á tener tanto,
tú que has tenido tan poco?
Ser rico te enmudeció?

¡Responde por Belcebú!
No hables tanto como yo,
pero habla algo más que tú!

JUAN. Cuando en ser ricos se piensa
sin esperanza ninguna,
siempre nos parece inmensa
de los demas la fortuna.
Á los caudales ajenos
con tanta envidia miramos
por ser pobre que á lo ménos
un doble los aumentamos.
¡Cuestion de óptica! (Con énfasis.)

AGUST. ¡Qué escucho?

JUAN. ¡Miseria! (Con desprecio.)

AGUST. ¡Estoy asombrada!

JUAN. Desde lejos, *nada*, es mucho,
desde cerca, *todo*, es nada.

AGUST. Y eso qué quiere decir?

JUAN. Nuestra fortuna es comun...
tenemos para vivir;
y eso conforme y segun!

AGUST. Cómo?

JUAN. Que echando la cuenta
nunca saldremos de apuros.
¿Qué crees que es nuestra renta?
no pasa de seis mil duros.

AGUST. Pues eso un ministro tiene!

JUAN. No has tocado mal registro!
¿Pero á que no le conviene
cambiar conmigo á un ministro?
Aunque un ministro derroche,
ese oficio tiene gajes;
usa gratis, casa, coche,
leña, gas, tinta y viajes.
Su enfermedad, su criado...
sueldo á los que le han servido!...
todo lo paga el Estado...
y así está él de lucido!
Ay! no! no somos iguales;
hay entre ambos gran distancia!

AGUST. ¿Tus ciento veinte mil reales
son de ingreso ó de ganancia?

JUAN. Cubiertos gastos y todo
eso se vendrá á ganar.

AGUST. Pues solo estando beodo,
hijo! te puedes quejar!

JUAN. Y qué es eso? una bicoca!
yo creí ser millonario!

AGUST. Somos ricos!

JUAN. (Con desabrimiento.) Punto en boca;
hablar más no es necesario.

AGUST. Qué?

JUAN. ¡Para nada se pasa
de lo preciso!

AGUST. Ay de mí!

JUAN. Todo el gasto de la casa
seguirá como hasta aquí.
Es decir, no! con más órden
y con más economía...

AGUST. Qué dices?

JUAN. ¡Era un desórden
lo que aquí se consumía!
Tú gastabas, él gastaba,
nunca te tomaba cuentas,
y así lo que derrochaba
disminuian las rentas.
¿Era tu santo? Un vestido!
¿El de mi hija? ¡Dos ó tres!
Lo que aquí se ha consumido
en trapajos cada mes!
Y hospital para el baldado,
y para el huérfano escuela.
Claro, ¿y qué es lo que ha pasado
gastando tan sin cautela?
Que el grandísimo borrico,
no viéndose en gastar harto,
del tiempo que ha sido rico
no ha podido ahorrar un cuarto!
Así se acaba el dinero!

AGUST. Los ricos han de gastar...

JUAN. Te equivocas; lo primero
para ser rico, es ahorrar.

AGUST. Tu hija y yo...

JUAN. Y se acabó el ocio!...

No hay que dar paz á la mano.
AGUST. Tu decias...
JUAN. Al negocio!
Fuera el francés y el piano.
AGUST. Y su boda?
JUAN. Tiempo habrá:
que adelante el novio!
AGUST. Qué?
JUAN. Esta casa es otra ya!
AGUST. ¡Jesús! María! y José!

ESCENA III.

DICHOS y CLARA.

CLARA. Papá! (Corriendo alegre á abrazarle.)
JUAN. ¿Crees que es decente
levantarse á las diez dadas?
CLARA. Como siempre!
JUAN. En este mundo
no come quien no trabaja!
CLARA. Qué?
AGUST. Tu padre que hasta ahora
te quería y te mimaba,
y que encontraba muy bien
tu educacion, ahora trata
de que trabajes!
CLARA. En qué?
JUAN. Cómo!
CLARA. Yo no sé hacer nada!
JUAN. Muy bueno que nada hicieras,
cuando era otro el que pagaba:
pero ahora yo pago, estamos?
y desde hoy ya no se canta,
ni se toca, ni hay francés,
con el castellano basta!
Se cose.
CLARA. Papá!
JUAN. Se zurce!
AGUST. Pero qué dices?
JUAN. Se plancha.

y se ahorra la doncella!

CLARA. Qué es esto?

AGUST. Que las palabras
son una cosa y las obras
son otra.

JUAN. Y basta de charla.
Aún no ha venido Carlitos
al escritorio. Aún se halla
el despacho sin barrer!...
¿Qué hace Francisco?

CLARA. Ahora estaba
leyendo el *Globo* en el patio.

JUAN. Y para eso se le paga?
pues hombre! Y en los talleres
que se hace?

CLARA. Nadie trabaja
para celebrar tu cambio
de fortuna!

JUAN. ¡Dios me valga!
buen estaría el negocio!

AGUST. Como siempre te escuchaban
decir, si yo fuera rico,
otra sería la fábrica!

CLARA. Cuando trabajaban poco
tú siempre los disculpabas!...

JUAN. Yo!

CLARA. Sí, tú!

JUAN. No puede ser! (Con ira.)

AGUST. Pero hombre!

CLARA. Ay papá del alma!
tú no te enfadabas nunca
cuando éramos pobres!

JUAN. Basta!
Francisco! Francisco!

AGUST. (Ap. á Clara.) (Es otro!)

FRANC. ¿Qué voces son estas?
(Entrando con gran calma)

JUAN. (Á Agustina que quiere hablar.) Calla!

ESCENA IV.

DICHOS y FRANCISCO con un periódico.

JUAN. El escritorio está sucio!
FRANC. Ya se limpiará mañana!
JUAN. Tire usted ese periódico!
coja usté una escoba.
FRANC. ¡Cáscaras!
JUAN. Á barrer á escape aquí!
FRANC. ¿Qué es esto?
JUAN. Aquí no se paga
á nadie para leer
la prensa!
FRANC. Qué?
JUAN. Aquí se gana
el salario trabajando.
Todos los dias sin falta
á las siete ha de estar hecha
un oratorio la casa.
FRANC. Don Juan... yo hasta aquí!...
JUAN. Hasta aquí
esto ha sido una camada
de ladrones...
FRANC. ¿De ladrones?
JUAN. El que cobra y no trabaja
es un ladron!
FRANC. Qué principios
políticos!
JUAN. Si usted habla
de política, á la calle!
FRANC. (Pues señor, yo estoy en babia!)
Mis derechos...
JUAN. Son la escoba
y el plumero; y si usted trata
de seguir siendo un vigardo,
fuera! á buscar la gandaya!
FRANC. (Y de usted y todo; yo
que si al entrar no me ataja,
iba á tutearle á él!)

CLARA. (¿Pero es mi padre quien habla?)
FRANC. ¡Esto es inaudito!
JUAN. Pronto
á limpiar!
FRANC. Voy.
JUAN. Y tú, hermana,
á tus quehaceres: y tú (Á Clara.)
á hacer algo de sustancia!
AGUST. Vaya! hazle una gelatina
á ver si come y se calma!
CLARA. (Ap. á Agustina.)
(Algo ha pasado; no hay duda!
AGUST. Nada, hija; que el hombre cambia
sin duda al hacerse rico!)
FRANC. (Qué paseos! qué miradas!
Ni el Czar de Rusia!!)

ESCENA V.

DICHOS, CÁRLOS.

CARLOS. Don Juan!
Buenos dias! Bella Clara! (Dándola la mano.)
Agustinita!
AGUST. (Prepárese (Ap. á Cárlos.)
usted.)
CARLOS. (Qué ocurre?)
AGUST. (Hay borrasca!)
CARLOS. (Cómo?)
CLARA. (Papá no es el mismo!) (Ap. á Cárlos.)
CARLOS. (Qué hay, Francisco?)
FRANC. (Casi nada!
que este hombre es un Juan sin Tierra
y yo le creí un Juan Lanas!)
(Se va á poco.)

ESCENA VI.

D. JUAN, CÁRLOS.

CARLOS. (Qué dicen?)

JUAN. (Vaya un descaro!)
CARLOS. Se ha dormido bien? La grata
novedad trasformó en
lecho de rosas su cama?
Eh!
JUAN. No he pegado los ojos!
CARLOS. ¡Demonio!
JUAN. De madrugada
ya estaba en los almacenes.
CARLOS. Pues ántes, segun su hermana
de usted, para despertarle
á las nueve!...
JUAN. Hay varias cartas
sin contestar y es preciso
que su ocupacion diaria
se cumpla. Ese copiador
está atrasado.
CARLOS. Me extraña
ese sermon; usted mismo
cuando yo me atareaba
demasiado, me decia:
«Carlitos, descansen! vaya
un cigarro! y usted mismo
me lo encendía y charlaba...
JUAN. Bien! Bien! ya recuerdo!
CARLOS. Ahora
yo dejaré esta semana
todo listo, y haré entrega
de los libros al que haya
de sustituirme.
JUAN. Cómo?
CARLOS. No es natural que en la casa
siga siendo un escribiente
el que ya padre á usted llama.
JUAN. Sí... eso!...
CARLOS. La fortuna próspera
abrevió mis esperanzas.
Con don Severo, Dios sabe
cúando mi hechicera Clara
hubiera sido mi esposa.
Su egoismo retardaba...
Pero usted que cifra toda

su dicha en verla casada
conmigo, que la amo tanto.
Cuanto ántes...

JUAN. Yo... pues!...

CARLOS. Dotarla?
Operacion de un minuto!

JUAN. De medio!..

CARLOS. Encargar las galas...
el *trouseau*? Cuestion de un dia!

JUAN. Ménos!

CARLOS. Mejor! qué se tarda
en arreglar los papeles?
En pagándolo bien, nada!

JUAN. Claro! en pagándolo bíen!...

CARLOS. Hay agentes que se encargan
de vicaría, parroquia,
amonestaciones. Basta
con decirles «el dia treinta
á las diez de la mañana,
me quiero casar.

JUAN. Bien hecho!

CARLOS. Y se casa uno!

JUAN. Se casa
uno sí; pero no dos!

CARLOS. Qué?

JUAN. Que mi hija no se enlaza
por ahora, que es muy niña.

CARLOS. Usted ayer no pensaba...
de ese modo! ¿No me dijo,
«si yo fuera rico, Clara
se casaria al momento
con usted? Todos en casa
viviríamos...

JUAN. Yo dije?

CARLOS. Vamos! ¡hoy las circunstancias
no son las mismas!

JUAN. No es eso!
Pero usted qué tiene?...

CARLOS. Vaya;
lo mismo que ayer tenía.

JUAN. Para sostener la carga
del matrimonio.

CARLOS. Mi sueldo:
siendo ya de usted la fábrica
será mayor que ántes era;
«seis mil reales no son nada;
me decia usted, «no hay
ni para tabaco.»

JUAN. Basta
de recuerdos. Me parece
que aunque yo dé mi palabra
no me retracte, es muy justo
que usted ascienda; que vaya
trabajando; que procure
tener algo; y si á la larga
piensa usted de igual manera,
y no se ha casado Clara...
su mano es de usted.

CARLOS. Don Juan!
dicen que el dinero cambia
á las gentes; mas tan pronto,
la verdad, no lo esperaba!
Yo le contaré á su hija...

JUAN. No le contará usted nada;
yo soy su padre y á mí
es á quien le toca hablarla.
Ella me obedecerá
en todo, como Dios manda.
y en paz!

CARLOS. ¿Conque don Severo
tenía razon?

JUAN. Y tanta!
Él era el único aquí
de buen juicio

CARLOS. Usted...

JUAN. Yo estaba
tonto!

CARLOS. Ya!

JUAN. Y mi hermana loca!

CARLOS. Vea usted!

JUAN. Y mi hija sándia;

CARLOS. Pues señor...

JUAN. Y usted chiflado!

CARLOS. ¡Estaba buena la casa!

JUAN. Por eso ponerla en órden
es mi propósito. Calla!
(Al ver que Cárlos se dirige á la derecha.)
donde va usté?...

CARLOS. Y las señoras?

JUAN. Están...

CARLOS. Voy á saludarlas.

JUAN. Ahora eso no corre prisa;
ya lo hará usted cuando salgan.
El escritorio se abre
á las ocho. Las diez dadas! (Sacando el reloj.)
me parece que ya es hora
de trabajar.

CARLOS. Yo pensaba...

JUAN. Pensaba usted mal, amigo!
(De pronto, con decision.)
Carlitos, las cosas claras.
No es conveniente que usted,
pues la boda se retarda...

CARLOS. Cómo?

JUAN. *Indefinidamente*...
Siga empleado en mi casa,
ni vea todos los dias
á mi hija, ni la haga
el amor, á pesar mio
y del decoro, en mis barbas.

CARLOS. Me despide usted?

UAN. Le nombro
corresponsal en Tarrasa
con ocho mil reales.

CARLOS. Ya!

JUAN. Mañana mismo se larga
á su destino!

CARLOS. Usté puede
(Cogiendo el sombrero.)
dársele á quien le haga falta,
ó se lo pida, que á mí
con no pasar de esta casa
los umbrales, con no verle
á usté en mi vida me basta.

JUAN. Oiga usté!

CARLOS. En cuanto á su hija,

si ella como yo pensara,
de lo cual yo he de cuidarme,
veríamos!

JUAN. ¿Amenazas?

CARLOS. Servidor de usté!...

JUAN. Estimando.

CLARA. Dónde va usted? (Entrando por el foro.)

CARLOS. ¡Donde no haya
quien por un puñado de oro,
reniegue de sus palabras! (Váse.)

ESCENA VII.

CLARA, JUAN.

CLARA. ¿Qué es esto, papá? (Al ver salir á Cárlos.)

JUAN. Esto es
lo que debe ser. Estamos?

CLARA. ¿Tan pronto nos enfadamos?

JUAN. Más vale ántes que despues!

CLARA. Pero papá de mi alma,
tú que hasta ayer siempre has sido
el hombre más comedido
más amable y de más calma:
tú, cuyo único disgusto
en este último año entero,
era encontrar á Severo
mal humorado y adusto;
tú, que ser rico anhelabas
sólo para hacer dichosos
á tu lado, y venturosos
sobre todo á los que amabas,
¿Por qué huraño y violento
te ven mi amantes ojos?
¿quién puede causarte enojos,
quien torció tu pensamiento?

JUAN. La razon serena y fria.

CLARA. Para pensar de otro modo
siempre la tuviste en todo.

JUAN. Pues es que no la tenía!...
Aquí mi hermana gastando

con un *sans-façon* eterno,
en vez de ama de gobierno
era un desgobierno andando.
Aquí tú, en vez de mirar
que eras pobre y que debías
á ese hombre el pan que comías,
te empleabas sin cesar
en ponerte el *matiné*,
en arreglarte el *fichus*,
en cantar siempre el *may piu*,
y de aquí... perdone usté, (Haciendo que cese.)
Mucho de peina y flequillo,
de francés y de piano,
trajes de invierno y verano
y guantes hasta el codillo...
y medias de mil colores...
y zapatos invisibles...
y estrecheces... imposibles
en no llevando andadores.
Y en lugar de ser, en fin,
una muchacha juiciosa,
eras la copia horrorosa
de el último figurin.
Aquí cobrando un destino
mal servido y mal ganado,
lo tiene todo embrollado
tu amante sietemesino,
y holgazan y marrullero
vivía ese monigote
esperanzado en el dote
que te prometió Severo.
Francisco un vago! un zulú!...
los obreros todos tunos!...
trabajadores ningunos...

CLARA. Y tú, papá. (Interrumpiéndole sonriendo.)
JUAN. Yo!... (Aturdido.)
CLARA. Sí, tú!
JUAN. Yo? Un monstruo de iniquidad,
que hasta hoy noví lo que pasa,
y dejé hundirse la casa
por pura amabilidad!
CLARA. Ah!

JUAN. Si Severo imprudente
y débil en demasía,
gastaba más que podía...
por no ser suyo realmente,
yo desde hoy haré entender
á todos su obligacion:
¡tú, á coser en un rincon!
CLARA. ¡Papá!
JUAN. Francisco á barrer;
mi hermana á ser despensera
no ama de llaves, á ahorrar;
á ir á la compra, á enseñar
guisos á la cocinera.
Y el que cometa un desliz
á la calle de contado,
desde el primer empleado
hasta el último aprendiz!
CLARA. ¿Conque esa es la alegre suerte
que tu cambio de forfuna
va á darme? Y mí boda?
JUAN. Ni una
concesion puedo hoy hacerte.
Cuando todo esto entre en caja
veremos!
CLARA. Pero mi tia,
que siendo ama se ofendía!
JUAN. No hay amas! las dí de baja.
Yo soy solo el amo aquí!
CLARA. Esto es imposible!
JUAN. Qué!
CLARA. Lloraré!
JUAN. Pues llore usté. (Váse furioso.)
SEVERO. Pero qué es esto? (Entrando por el foro.)
CLARA. Ay de mí!

ESCENA VIII.

SEVERO, CLARA.

CLARA. ¡Que á Cárlos ha despedido!
SEVERO. Lo sé!

CLARA. Que quiere á mi tia
hacer cocinera!
SEVERO. Haría
perfectamente.
CLARA. ¿Qué he oido?
Usted, aprueba?
SEVERO. Pues no?
¡Quién viera á doña Agustina
descender á la cocina!
Ay! si lo hubiera hecho yo!
CLARA. Es decir...
SEVERO. Escucha un rato.
Siendo yo pobre como ella,
de sacarla de doncella
tuve el proyecto insensato.
Ella me juzgó muy poco
para su esperanza incierta,
y hasta me dió con la puerta
en las narices por loco.
CLARA. No sabía yo eso.
SEVERO. Es claro.
¿Cómo te iba ella á contar
que apenas llegué á heredar
un caudal, tuvo el descaro
de decirme, «amigo mio,
ahora llegó la ocasion...
aquí está mi corazon.»
Hola! pues aquí está el mio.
«Yo aquellas ofertas graves
le recuerdo!»
CLARA. Á buena hora!
SEVERO. Así la dije, señora:
es usted mi ama de llaves:
si pobre usted no me amó,
rico no me ha de querer;
y para saberme hacer
un negocio basto yo.
CLARA. Duro fué el castigo.
SEVERO. Justo!
CLARA. Pero si usted la quería...
SEVERO. Castigarla convenía
algun tiempo y lo hice á gusto.

Ahora bien; si ella pensaba
ver en mí un dueño tirano
¿no es gracioso que su hermano,
que como ella me acusaba,
arranque á doña Agustina
el gobierno de la casa;
que yo la daba sin tasa,
y la meta en la cocina?
¿No es cómico que tu amante,
que de avaro me culpó,
y que de don Juan creyó
lograr tu mano al instante,
se haya visto despedido
por su mismo papá suegro?

CLARA. Usted se alegra?

SEVERO. Me alegro
de todo lo sucedido.
Tú misma...

CLARA. Eso no lo paso;
yo á usted jamás acusé
de tirano.

SEVERO. Ya lo sé,
y sentiste mi fracaso.

CLARA. Yo siempre le ví mejor
que todos le suponían;
y si de usted maldecían
el despótico rigor:
si de avaro le acusaban
con egoismo ó malicia,
protesté de la injusticia
con que todos le trataban,
y con empeño profundo
y conviccion verdadera
les sostuve que usted era
el mejor hombre del mundo.
Como jefe, comedido,
como amigo consecuente,
digno de ser lealmente
amado y obedecido.
Si ellos todos se quejaron
de vicio ó poco talento,
y cual *las ranas del cuento*

un nuevo rey desearon,
y si yo la única fuí
que la razon conoció,
por qué voy á pagar yo
culpas que no cometí?

SEVERO. Tienes razon que te sobra
y no temas el castigo!

CLARA. Cómo?

SEVERO. Cuenta tú conmigo.

CLARA. Si yo!...

SEVERO. Manos á la obra.

CLARA. No entiendo!...

SEVERO. Aunque no les cuadre
la razon conocerán!

JUAN. Bigardo!... (Gritando dentro.)

FRANC. Pero don Juan! (Id.)

JUAN. Lo dicho!

SEVERO. Calla! tu padre!

ESCENA IX.

DICHOS, D. JUAN y FRANCISCO.

FRANC. Pero!... (Con una escoba en la mano.)

JUAN. Á callar y á barrer:
aquí no hay más sopa boba.

FRANC. ¿Va á formar desde hoy la escoba
una parte de mi ser?
Y la dignidad humana?

JUAN. Pues barre con dignidad...

FRANC. Es una arbitrariedad!

JUAN. Eh?

FRANC. Y la compasion cristiana?

JUAN. Qué dices?

FRANC. Que yo no quiero
seguir por ese camino;
que es más alto mi destino,
que yo no soy barrendero:
que yo tengo una opinion;
que soy hombre de otra esfera;

¿Qué diría, si me viera
de este modo, Salmeron?

SEVERO. Eso es verdad!

JUAN. Tambien tú.

SEVERO. Hombre, le tratas de un modo!...

JUAN. ¿Te vas á meter en todo?

FRANC. Verdá usté?

JUAN. Por Belcebú!

CLARA. Papá!...

FRANC. Figúrese usté
que, cual si fuera á destajo,
aumenta una hora el trabajo
en la fábrica!

SEVERO. Hola!

JUAN. Y qué?

FRANC. Que los obreros han dicho
que se van.

SEVERO. Pero Juan, eso!...

JUAN. Últimamente, confieso
que será un loco capricho;
pero es desde hoy órden mia;
aquí nunca ha habido un amo,
y yo obediencia reclamo,
trabajo y economía!

SEVERO. Con todo, yo...

JUAN. Tú, á tu caja!...
y no vengas con consejos...

SEVERO. Hombre!...

JUAN. Los dos somos viejos.

SEVERO. Ataja!...

JUAN. Lo dicho.

SEVERO. Ataja!

JUAN. Quien no trabaja, me roba...

SEVERO. Busca cajero.

FRANC. Esto es grave!

SEVERO. Ea! aquí tienes la llave.
(Dándole la llave de la caja.)

FRANC. Y aquí tiene usted la escoba!

SEVERO. Busca esclavos!

FRANC. Eso es!...
y no hombres libres cual yo...

JUAN. Tú te vas, nadie te echó!

SEVERO. Sí!
JUAN. No me culpes despues!
SEVERO. Adios!
CLARA. (Ap. á Severo.) (Y usted me abandona.)
FRANC. Yo con usted, don Severo!
Á lo ménos el plumero
no deshonra á la persona!
SEVERO. Gracias, yo era amo cruel.
¡Si don Juan el amo fuera,
decías...
FRANC. Oh! quién creyera!
SEVERO. Barre y quédate con él.
JUAN. Todos, rebeldes, ingratos!
Pues bien; yo solo en mi puesto!...

ESCENA X.

DICHOS, AGUSTINA.

AGUST. Pero hermano, qué has dispuesto
en tus locos arrebatos?
JUAN. Tambien tú?
AGUST. ¡Temo un desman!
SEVERO. Qué sucede?
JUAN. Dilo al fin!
AGUST. Que en el patio hay un motin
y los obreros se van;
dicen que aumentas las horas.
JUAN. Sí!
AGUST. Y en huelga se declaran.
FRANC. Naturalmente!
JUAN. (Á Agustina.) ¿Y se amparan
de tí?
AGUST. ¿Por qué no?
JUAN. ¿Tú ignoras
que esto es una rebelion
completa? Cárlos, Severo,
mi hija, ese majadero, (Señalando á Francisco)
todos, contra mi opinion,
contra mis órdenes justas

de economía y gobierno,
convierten en un infierno
mi casa!

AGUST. ¡Pero si asustas
con esa cara de hereje!

FRANC. (Bu-a-mema sin uniforme!)

JUAN. Todo el que no esté conforme,
que se vaya, y que me deje!

SEVERO. Por eso todos nos vamos!

AGUST. No hay nadie que te resista!

FRANC. (Yo desde hoy me hago nihilista...
petardo vivo... y volamos!)

JUAN. Y las mujeres aquí
en nada se han de meter!
á callar y á obedecer!...

AGUST. Así nos tratas?

JUAN. Así!

AGUST. Pues lo siento, hermano mio!
para servir de criada
y para estar maltratada
por un amo tan bravío,
en cualquier parte hallaré
donde ganarme el sustento,
pero al ménos ni un momento
esclava tuya seré.

FRANC. Eso! (Aplaudiendo.)

JUAN. Bien hecho! (Fuera de sí.)

CLARA. Papá!... (Suplicante.)

JUAN. ¡Vete tú tambien con ella!

FRANC. (¡Cuando á su hija atropella,
con los criados que hará?)

CLARA. Yo...

JUAN. Todos afuera!

AGUST. (Á Clara.) Ven!

SEVERO. Adios, Juan!

FRANC. ¡Muera el tirano!

JUAN. Cómo?

FRANC. Beso á usted la mano!
(Con gravedad cómica.)

AGUST. Adios para siempre!

JUAN. Amen! (Todos se van.)

ESCENA XI.

JUAN solo.

Así lo quieren!... pues sea!
¡Bien su rebelion me explico!...
Claro! desde que soy rico
¿quién mi ruina no desea?
Mundo egoista y cruel...
inconsiderado... injusto!...
¡Me deja solo? ¡qué á gusto
voy á pasarme sin él!
Haré lo que más me cuadre!
nadie me vendrá á la mano!
no seré amigo, ni hermano,
ni amo, ni jefe, ni padre!
Seré rico y nada más! (Paseándose agitado.)
rico, feliz, poderoso,
millonario!...
(Parándose de pronto frente al espejo grande y mirándose.)
Eh? ¡Qué horroroso
desde que eres rico estás!
Juan! eres tú? Aquel semblante
siempre agradable y risueño...
aquella frente sin ceño...
aquella risa constante!...
Aquella serenidad,
hija de un vivir tranquilo!...
¡Dios mio! ¡Yo estoy en vilo!
¿Esto es sueño... ó es verdad?
No soy yo! no puede ser!
Ántes, todos me buscaban...
me querían... me estimaban...
¿Qué ha pasado desde ayer?...
¿Á qué ruin vértigo inmolo
familia... obreros... amigos...
todos son mis enemigos!
y estoy solo!... solo!... solo!...
(Con distinta entonacion.)

No puede ser! yo no quiero
esta soledad que espanta!...
¡Tengo un nudo en la garganta!...
Ya sé lo que es!... el dinero! (De pronto.)
Viví siempre en la pobreza...
anhelé del oro el brillo...
le tuve... y desde el bolsillo
se me subió á la cabeza!...
Y aunque la enmienda procur e,
volveré á caer mañana...
¡afuera, riqueza humana!
No hay mal que cien años dure!...
¡Severo! (Gritando.) que yo no quiero
perder calma y dicha y juicio!...
Yo no entiendo de este oficio!
No sé ser rico... Severo!... (Gritando más.)

ESCENA XII.

DICHO, SEVERO, AGUSTINA, CLARA, FRANCISCO.

AGUST. Que gritos!
SEVERO. Por qué me llamas?
JUAN. Nadie se va!
FRANC. ¡Otra manía!
JUAN. ¡Severo! hermana! hija mia! (Abrazándolos.)
SEVERO. ¿Qué tienes?
JUAN. Que si me amas
y quieres que de mí harto
no acabe con mi existencia,
toma otra vez esa herencia
y déjame sin un cuarto.
TODOS. Eh?
SEVERO. No puede ser!
JUAN. ¡Dios mio!
¡adios mis dichas completas!
FRANC. (No quiere tener pesetas!
Si estará loco este tio!...)
JUAN. Yo fuí sensato hasta ayer,
y hoy soy intratable y neci o!...

y me odio y me desprecio!...

SEVERO. Pero!

JUAN. ¡Que no puede ser!...
Que el oro que al bien convida
hace de un tonto una fiera;
ó vuelva á tí toda entera
esa herencia maldecida,
ó á mi firme enmienda fiel
se la doy al hospital;
y para curar mi mal
nos vamos todos á él!

SEVERO. Conque confiesas?...

JUAN. Confieso
que tú eras bueno, y sublime
y que lo entendías... ¡díme,
¿qué vamos á hacer con eso?

AGUST. ¡Qué locura!

CLARA. ¡Padre mio
lo haces muy mal...

AGUST. En rigor!...

FRANC. ¡No se puede hacer peor!...

JUAN. Nada! de mí no me fío!...
¿Quién quiere ser rico?... Pronto!...

FRANC. Hombre!... lo que á usted le sobre...

SEVERO. Tú!

JUAN. No; que has sido más pobre
que yo!... ¡Serías más tonto!...
Severo... ¿qué hacemos?...

SEVERO. (Sonriendo.) Nada!...
Aprovechar la leccion
que os ha dado mi invencion
de la carta reservada
del notario!...

JUAN. Invencion fué?... (Admirado.)

AGUST. Ah!

SEVERO. Ni tú el caudal heredas,
ni eres rico, ni te quedas,
como hoy por tí me quedé
en la calle!...

JUAN. Y á qué efecto?

SEVERO. Como siempre te escuchaba.
«¡Si yo fuera rico!...»

JUAN. Acaba.
SEVERO. Juzgándote un ser perfecto,
todos, con el ruin afan
de creer que me ofendían
entre dientes se decían:
«Si fuera el amo don Juan!»
Y fuiste amo del dinero,
aunque por breves instantes...
y que quieres?... Los tunantes
dicen...
FRANC. ¡Viva don Severo!...
SEVERO. Ya lo oyes!...
JUAN. Y viva!

ESCENA XIII.

DICHOS, CÁRLOS por el foro.

CARLOS. Qué?
JUAN. Que vuelve usté á trabajar;
y á hacerse hombre, y á esperar
á que él la novia le dé...
(Hablan aparte Cárlos y las mujeres.)
SEVERO. ¡Si fueras rico!...
JUAN. No acabes!...
(Cogiéndolos de la mesa y poniéndoselos.)
Mis manguitos!... estos son,
presento mi dimision
de rico... y toma las llaves!
(Dándole á Agustina el llavero del primer acto.)
AGUST. Vengan, ¿qué le hemos de hacer?
SEVERO. Una cosa harto sabida.
Contentarse con la vida;
cumplir bien con su deber:
Tú, á entender al verdadero (Á Francisco.)
criterio republicano:
¿Quieres ser buen ciudadano?
Pues sé hombre de bien primero!
porque cuando en loco error
pretendemos enmendar,

lo que Diòs quiere mandar...
lo hacemos mucho peor!...

JUAN. Cumpliremes con su ley,
y serás obedecido...
ya que todos hemos sido...
LAS RANAS PIDIENDO REY!
(Cae el telon.)

FIN.

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Prop. que corresponde
riba y abajo......................	1	Sres. Granés, Navarro y Reparaz.........	L. y M.
tistas á cala......................	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
s Tenorios del dia.................	1	Sres. Bolumbar y Rubio.	L. y M.
mejor postor......................	1	D. R. L. P. de Guzman.	L.
s feos............................	1	D. M. F. Caballero.....	M.
s sietemesinos....................	1	Cárlos Mangiagalli..	M.
ien no tiene padrino..............	1	Sres. Sanchez y Rodrig.	L. y M.
a corrida de toros por Costillares. ..	1	Sala Julien y Siguert.	L.
oría y práctica...................	2	D. E. Zumel y Taboada.	L. y M.
farsanta..........................	3	M. F. Caballero. (*Mit.*)	M.
s amores de un Principe...........	3	Sres. S. Julien y Siguert.	L. y M.
ntos y capas......................	3	J. Santero.........	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4, y *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, núm. 25.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.